

## La estructura del sentimiento y el lector implícito

Manuel Abeledo

UBA / Secrit - CONICET

### Resumen

En el marco de los interrogantes planteados por la teoría literaria sobre las formas de vinculación entre literatura y sociedad, el presente trabajo se propone argumentar sobre la utilidad de articular un cruce entre la estética de la recepción, tal como está planteada en Iser, y la ideología como una estructura del sentimiento, tal como la entiende Williams. Si más que una serie de saberes verdaderos o falsos, la ideología es, según Williams, una serie de códigos que pauta la actitud emocional irracional de los sujetos hacia distintos fenómenos, entonces en literatura la ideología se juega en la forma en que el texto interpela al lector, lo ubica en un lugar determinado y le asigna ciertas funciones, del modo en que es estudiado por Iser como el “lector implícito”. Así, se vincula texto y contexto no a partir de una colección de contenidos, sino a partir de la forma en que se involucra emocional y actitudinalmente al lector con el relato. A modo de ejemplo, finalmente, se propone un análisis de ciertos textos recientes, mostrando cómo discursos concebidos desde una lógica transformadora, interpelan al lector desde una estructura del sentimiento en realidad conservadora, y viceversa.

La intención de este trabajo es la de relevar algunos cruces interesantes entre la estética de la recepción y algunas herramientas teóricas, en particular la “estructura del sentimiento” que describe Williams en *Marxismo y literatura*, con el fin de encontrar algunas formas de enfrentarse con el problema del análisis de la representación.

Para Williams existe una tendencia a estudiar los fenómenos culturales como enunciados explícitos fijos, que encuentran su fundamento en el pasado, y que tanto como pueden ser articulados en fórmulas de comprensión de la realidad social, son elementos estancados de la vida cultural de la sociedad. En contraposición, existe una forma viva de la actividad cultural, mucho más móvil e inestable, difícilmente expresable en o reductible a enunciados fijos y concretos, asociada generalmente a la experiencia individual, que actúa en presente y en presencia antes que formalizarse en el pasado, que sustenta las relaciones sociales, y que es lo que Williams llama “estructura del sentimiento”.

Ahora bien, veamos la diferencia entre significado y sentido que establece Wolfgang Iser en *El acto de leer*. Allí, el autor se define en una posición contraria a la tradición interpretativa establecida por buena parte de la crítica, sosteniendo que, si descubrir el significado de la obra es sacar un enunciado o una serie de enunciados ocultos de ella a través de una labor interpretativa, la consecuencia necesaria es que una vez alcanzado ese significado la obra se vuelve una cáscara vacía, innecesaria y estéril. No es esta la naturaleza de la literatura, dice Iser, y entonces va a ser necesario poner en el centro del análisis, no los significados posibles de una obra, expresables en ideas fijas y articulables, traducibles a nuevos enunciados verbales, sino el sentido, el efecto estético del texto.

El sentido como efecto produce un impacto, y tal impacto no puede ser suprimido por medio de la explicación, sino más bien hace que esta fracase. El efecto se produce por medio de la participación del lector en el texto; la explicación, por el contrario, refiere al texto a lo dado en

el marco referencial y, como consecuencia, nivela, sustrayendo relieve, lo que nace con el texto de ficción. (Iser 1987: 28-29)

Quisiera reparar en algunas coincidencias entre los conceptos de ambos autores. Ambos están introduciendo una categoría de carácter presente, un proceso antes que un producto, que se define por la acción operativa de su funcionamiento en el momento en que participa de la experiencia de un sujeto, y que se opone a otra categoría cuyo núcleo funcional se encuentra en el pasado, en la sujeción del sujeto a un sistema de enunciados creado y formalizado en el pasado; mientras Williams opone una siempre presente “estructura del sentimiento” en oposición a las formaciones culturales instituidas en un tiempo pasado, Iser se opone a considerar el sentido de la obra como algo que fue puesto ahí en algún momento pretérito y ahora debe ser rastreado (nada apela más a lo constituido en el pasado que una búsqueda del tesoro) y propone un sentido que existe siempre y solamente en el presente de la lectura, formándose en el hecho estético constitutivo de la lectura. De esto se deduce, naturalmente, que ambos autores están considerando formas móviles, inestables, variables, parametrizables que expliquen cierta indeterminación (cultural en Williams, del sentido en Iser) que pareciera negada por la fijeza de enunciados ya constituidos y excesivamente estables.

También se deduce automáticamente que ambos están rechazando un modelo de sujeto pasivo que recibe contenidos y formaciones como paciente inerte de los mismos, y reconocen un carácter necesariamente participativo, conformador en la actividad del sujeto; si Williams habla de la estructura del sentimiento como “los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente” (2000: 154-155), Iser va a poner el acento en que “el efecto se produce por medio de la participación del lector en el texto” (1987: 28), y el punto neurálgico en que ambos van a hacer hincapié es la experiencia, el centro donde están funcionando los procesos que estos autores estudian es la experiencia del sujeto, antes que el mundo aislado de los enunciados racionales, proponiendo así una relación dialéctica del sujeto con la cultura (Williams) o con el texto (Iser).

En este sentido, es fundamental reparar en una coincidencia sustancial entre ambos autores, que es la consideración de una serie de contenidos de valor predominantemente afectivo o actitudinal, que se oponen y no son reducibles a una colección de enunciados racionales, cuya pauta reside en su valor estrictamente semántico y, por lo tanto, en su verificabilidad lógica de verdad o falsedad; Williams encuentra una estructura afectiva de funcionamiento muy diversa a las formaciones racionales pasadas, e Iser se concentra en un efecto estético que se opone declaradamente a la tradición interpretativa, que busca formular enunciados verdaderos explicativos extraídos de la obra. Y, en este sentido, en función de lo dicho, hay otro rasgo fundamental en común: ambos autores se refieren a elementos de carácter no verbal. Ni la estructura del sentimiento de Williams ni el efecto estético de Iser tienen forma verbal, son elementos reducibles o traducibles a lenguaje, sino que, por el contrario, por su naturaleza se resisten a la formulación lingüística. Y, por último, es posible resaltar que si estas categorías de carácter afectivo, indeterminado e inefable son pasibles de análisis y no se trata del universo de la pura contingencia, es porque ambas están determinadas en función de una estructura, ambas son de carácter sistémico. Dice Williams: “estamos definiendo estos elementos como una ‘estructura’: como un grupo con relaciones internas específicas, entrelazadas y a la vez en tensión” (2000: 155), y a su vez afirma Iser:

El texto formulado es (...) más bien el modelo de las indicaciones estructurales para favorecer las representaciones del lector; por consiguiente; el sentido solo se deja captar como imagen. En la imagen acontece la ocupación de aquello que el modelo del texto deja vacío, pero a lo que da contorno con su estructura. (1987: 27)

Hasta aquí, una serie de coincidencias que podrían atribuirse a la mera casualidad. ¿Cómo considerar, entonces, que en algún punto ambos autores están hablando de lo mismo? ¿Cómo establecer un vínculo efectivo entre ambas categorías? En este sentido, la categoría de “interpelación” de Althusser es la clave: ambos están estudiando la forma en que la cultura interpela al sujeto. Williams piensa en la cultura como proceso social, en su sentido más abarcativo; Iser piensa en la cultura desde sus realizaciones particulares, desde el libro como uno de los objetos contingentes que conforman esa cultura. Nótese que Williams encuentra pertinente y especialmente interesante este paso a lo particular:

La hipótesis presenta especial relevancia con respecto al arte y la literatura, donde el verdadero contenido social, en un número significativo de casos, de este tipo presente y efectivo, y sin que ello suponga pérdidas, no puede ser reducido a sistemas de creencias, instituciones o relaciones generales explícitas. (2000: 156)

De esta manera, ambos están analizando, entonces, el mismo proceso, la misma situación social: la posición de los sujetos interpelados dialécticamente por la cultura. Y, digamos una vez más, la interpelación es, según Althusser, momento privilegiado del funcionamiento ideológico: “la ideología “actúa” o “funciona” de tal modo que “recluta” sujetos entre los individuos (los recluta a todos), o “transforma” a los individuos en sujetos (los transforma a todos) por medio de esta operación muy precisa que llamamos interpelación” (2005: 147).

Se propone aquí, entonces, como vía de acceso al sustrato ideológico de los textos literarios, encarar su estudio no tanto en función de sus representaciones históricas concretas, no tanto en sus reflejos de la realidad social, no tanto en sus consideraciones, conscientes o no, que pueden reflejarse en modelos o enunciados racionales, específicos y explícitos, sino en tanto representantes de una estructura del sentimiento que configuren la ideología como actitud emotiva efectiva y dialéctica de los sujetos frente a los textos. Es decir, concentrarse en los “sentidos” antes que en los “significados”. La herramienta fundamental en este sentido es la estética de la recepción, que permite analizar de la manera vista la configuración de las actitudes de ese lector, en particular a partir de la categoría de lector implícito, que “*sitúa* [nótese el fuerte valor de interpelación] al lector con respecto al texto, a fin de que sea capaz de constituir el horizonte de sentido a donde le conducen las modalidades de las perspectivas del texto presentadas” (Iser, 1987: 70).

Quisiera ilustrar esta posibilidad con un ejemplo concreto. La diferencia entre significado y sentido es una herramienta especialmente útil para encarar el problema del cinismo posmoderno, analizado por Sloterdijk y desarrollado por Žižek, quien también cuestiona un concepto de ideología basado en la lógica de los enunciados, expresado en su consideración como “falsa conciencia”:

El sujeto cínico está al tanto de la distancia entre la máscara ideológica y la realidad social, pero pese a ello insiste en la máscara (...). La razón cínica ya no es ingenua, sino que es una paradoja de una falsa conciencia ilustrada: uno sabe de sobra la falsedad, está muy al tanto de que hay un interés particular oculto tras una universalidad ideológica, pero aun así, no renuncia a ella. (...) Está claro, así pues, que confrontada con esa razón cínica, la crítica tradicional a la ideología deja de funcionar. Ya no podemos someter el texto ideológico a la “lectura sintomática”, confrontarlo con sus puntos en blanco, con lo que ha de reprimir para organizarse, para preservar su consistencia; la razón cínica toma en cuenta esta distancia de antemano. (Žižek, 2005: 347-348)

Desde el punto de vista de las formaciones racionales, de los enunciados de verdad concretos acerca de la realidad social, es decir, desde el punto de vista de su significado, la fortaleza ideológica del cinismo pareciera inexpugnable. Sin sobrevaloraciones, sin desviaciones, mentiras,

falsedades, represiones del funcionamiento del sistema social, pareciera no haber ideología, y Žižek mismo expresa este problema al preguntarse: “¿Lo único que nos queda entonces es afirmar que, con el reino de la razón cínica, nos encontramos en el llamado mundo posideológico?” (2005: 348). Nótese que esta posibilidad (que Žižek descarta de plano) aparece solamente al restringirnos al universo de los significados. Si lo analizamos desde el sentido, es decir, pensada como una estructura del sentimiento de valor predominantemente afectivo que configura una actitud hacia el mundo, ese cinsimo, ese “ellos saben muy bien lo que hacen, pero aun así, lo hacen” se revela plenamente ideológico. El cinismo, mucho antes que una formación específica y concreta que afirma supuestas verdades sobre los hechos, es una actitud afectiva, y analizada en su naturaleza de tal se muestra de manera visible como superestructura ideológica del mundo posmoderno. Virno lo estudia como “la tonalidad emotiva (...) que califica hoy a la forma de vida de los ‘muchos’” (2011), entendiendo que “tonalidad emotiva no se refiere a una mezcla de propensiones psicológicas, sino a modos de ser y de sentir tan extendidos que resultan comunes a los más diversos contextos de la experiencia (trabajo, ocio, afectos, política, etc.)” (2011).

Veamos un ejemplo concreto. Las lecturas recientes del *Libro de buen amor*, texto castellano escrito en el siglo XIV por el Arcipreste de Hita, hacen hincapié en su carácter siempre polisémico, en su indeterminación de sentido, en el carácter lúdico de la permanente imposibilidad de constituir significados que le da al texto un potencial sumamente subversivo frente a la naturaleza fuertemente represiva de las formaciones sociales fijas y agobiantes que circulan en la Edad Media. Así, Jaques Joset se refiere a la “ambigüedad recentrada como lectura del *Libro de buen amor* [que] concuerda con su espíritu profundamente anti-épico” (1988: 85); Funes y Soler hablan de una “erótica textual” como “una matriz de escritura (...) vinculada con la ambigüedad semántica que promueve la generación permanente de sentidos” (2005: 93). No cabe ninguna duda de que estas afirmaciones sobre el *Libro de buen amor* son, en los hechos, acertadas. Sin embargo, cabe destacar que el resultado es, finalmente, la destrucción de códigos y valores morales y sociales de una sociedad para terminar, finalmente, en un vacío circular en donde pareciera que todo sentido es necesariamente reducido a la nada. El *Libro de buen amor*, especialmente encarado desde el contexto de la cultura posmoderna, es un texto profundamente cínico, y lo que en su contexto específicamente medieval es perfectamente pasible de ser analizado como una intervención subversiva, en su valoración actual es una formación absolutamente funcional a la estructura del sentimiento reinante. ¿Cómo es posible, entonces, que una serie de enunciados que podemos calificar como “verdaderos”, refiriéndose a un valor subversivo, sean *ideológicos*? Imposible pensarlo desde la falsa conciencia, pero plenamente visible desde un análisis de la estructura del sentir verificada en una actitud afectiva de la lectura del texto.

Nótese que los mismos elementos que aparecen en el *Libro de buen amor* son los formalizados por una cantidad de teóricos de los últimos años, cuya expresión más declarada y reconocida sea probablemente la del “Rizoma” de Deleuze. El rizoma posee un carácter supuestamente subversivo a partir de su destrucción de toda jerarquía, basada en la absoluta indeterminación de su no-estructura y en la pura negatividad de sus formas. Igual que en el *Libro de buen amor*, la indeterminación y la negación de todo posible enunciado de valor tiene un potencial subversivo. Desde el punto de vista del enunciado concreto, del significado, hay por lo menos una porción innegable de verdad en este sentido: al rechazar toda estructura jerárquica y toda posibilidad de afirmación, quedan anuladas todas las formaciones sociales que establecen interpelaciones represivas en los sujetos. Pero desde el punto de vista de su sentido, de su valor afectivo, reconocemos que esa desconfianza frente a cualquier posible positividad es un carácter fundamental y sostén primero del reino del cinismo y, una vez más, desde la estructura del sentimiento, la pura negatividad del rizoma termina enmarcada en la actitud subjetiva que sustenta el orden social posmoderno.

Espero que el ejemplo haya servido, entonces, para ilustrar el posible potencial que tiene el análisis de los textos a partir de una estructura del sentimiento entendida como una interpelación de carácter especialmente afectivo y efectiva en el proceso participativo de la mutua configuración de texto y lector, tal como aparece descripta en la estética de la recepción. La distinción entre significado y sentido permite concentrarse en una arista particular de la obra literaria que ofrece consideraciones alternativas al análisis de las formaciones culturales concretas y fijadas presentes en los textos, lo que quiso ponerse de relieve en este trabajo.

## Bibliografía

- Althusser, Louis. 2005. "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *Ideología: un mapa de la cuestión*. Žižek, Slavoj (comp.). Buenos Aires, FCE, pp. 115-155.
- Funes, Leonardo y Soler Bistué, Maximiliano. 2005. "Erótica textual y perspectiva lúdica en el *Libro de buen amor*", en *El Libro de buen amor de Juan Ruíz Archiprêtre de Hita*. Heusch, Carlos (ed.). París, Ellipses, pp. 81-96.
- Iser, Wolfgang. 1987. *El acto de leer: teoría del efecto estético*. Madrid, Taurus.
- Joset, Jacques. 1988. *Nuevas investigaciones sobre el "Libro de buen amor"*. Madrid, Cátedra.
- Virno, Paolo. 1994. *Gramática de la multitud*. [citado 2011-02-03]. Disponible en internet: <[http://usuarios.multimania.es/pete\\_baumann/gramatica.html](http://usuarios.multimania.es/pete_baumann/gramatica.html)>
- Williams, Raymond. 2000. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.
- Žižek, Slavoj. 2005. "¿Cómo inventó Marx el síntoma?", en *Ideología: un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, FCE, pp. 329-370.

## CV

MANUEL ABELEDO EGRESÓ DE LA UBA CON TÍTULO DE PROFESOR EN LETRAS, Y ES ACTUALMENTE DOCENTE DE ESA UNIVERSIDAD EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA ESPAÑOLA I (MEDIEVAL). CUENTA CON UNA BECA OTORGADA POR EL CONICET, CON SEDE EN EL SECRIT, PARA DESARROLLAR SU TESIS DOCTORAL SOBRE "LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO HEROÍSMO: RELACIONES GENÉRICAS ENTRE EL RELATO ARTÚRICO Y LA FICCIÓN SENTIMENTAL EN ESPAÑA". EN 2011 SALDRÁ SU EDICIÓN DE LA *CRÓNICA DE LA POBLACIÓN DE ÁVILA*, TEXTO SOBRE EL QUE HA PUBLICADO VARIOS ARTÍCULOS.